

Que Dios le recompense, hija mía. La  
 que por la dignidad que trajiste á esta casa...  
 de la llaves con el... \* \* \*

El convento es, no triste y sombrío como un claustro gótico, sino blanco, encalado, agujereado, de ventanas, como una manufactura; las celdas son claras y limpias á decir verdad son habitaciones, donde cada una lleva los muebles que le son queridos. Los grandes y anchos corredores, bien iluminados, se parecen á los de los colegios de señoritas; nada tiene de lúgubre ni de asético: allí anida una santificación para uso de las personas bien nacidas.

Solamente por la ventana de la celda de Cleopatra, se ven los monumentos pomposos de un cementerio. Es muy hermoso que le entierren á uno en Dievitche; las rogativas son buenas; mejores, según parece, que en ninguna parte, excepto en el Monasterio de San Alejandro Novsky. Desgraciadamente para este, ya no tiene terrenos disponibles, pero es suficientemente rico para contentarse con las fundaciones ya existentes.

## XXVII

Cleopatra se habia acostumbrado á aquella vida piadosa y normal que adormia sus pensamientos dolorosos. Ahora estaba llena de esperanza. Las formalidades necesarias se cumplian con regularidad; estaba al corriente de sus asuntos por las visitas de su abogado y por las cartas de Neoutof, que solia escribirle con frecuencia.

Tambien leia las cartas de Ulrico.

Eran expansiones llenas de éxtasis. Descantando su dicha futura, veía ya la joven á su lado, á orillas de los lagos de Suecia, en aquellos paisajes fantásticos que tienen aspecto de decoraciones mágicas. Allí sería adonde la llevaría despues que el matrimonio se la hubiera dado por esposa; allí, donde olvidarían sus penas. Era cruel no verse ahora; pero al fin ya no se acordarian de las penas cuando estuvieran á las orillas vendidas del rio del olvido.

Ulrico estaba lleno de fuerza de alegría, puesto que ya estaba seguro de obtener á Cleopatra. Esta desfallecía á cada momento, con el temor de ver á su amante. Había comprendido demasiado tarde la ternura real de Neoutof, y el día en que el amor se apoderó de su existencia dijérase que Cleopatra quiso pagar sus atrazos.

Iba al coro con las religiosas y una ó dos damas ancianas que se hospedaban allí temporalmente. La trataban con cortesía, pero sin demostrarle una simpatía grande. Una mujer divorciada ó á punto de estarlo, era casi un objeto de escándalo entre aquellas piadosas doncellas. Cleopatra hubiera querido tener un perro para decirle, mirándole

á los ojos: "Tú sólo me quieres." Pero los perros no son permitidos en los conventos. Los gatos en cambio son tolerados, so pretexto de que cazan los ratones; pero Cleopatra se sentía incapaz de pedir ternura á un gato; les pasaba la mano sobre el lomo, cuando venían á restregarse contra ella, y nada más.

A mediados de Agosto, cuando era aniversario de su matrimonio, se celebraron en Diovitche pompas funerales por el alma de un joven de alta familia. Oculta bajo su velo negro, Cleopatra estuvo en el coro durante la ceremonia fúnebre, pues todo le servía de distraccion en la monotonía de aquellos días, semejantes unos á otros; ninguna de las personas presentes la había notado, porque se ignoraba su presencia. Sólo el gran duque Boris, que había sido padrino del joven difunto, buscó bajo los velos de lana y reconoció á la que había sido la bella Cleopatra.

¡Allí estaba! La vió de pronto tal y como la encontró al pié de la vieja torre, en el parque; la aparición de aquella belleza triunfante, sonrosada por la emoción, se irguió delante de él con una intensidad extraordinaria. Olvidó los cantos fúnebres el duelo de la

familia, el catafalco cargado de bordados de plata; no vió más que á Cleopatra vestida con un ligero traje de verano, abrigada bajo una sombrilla de color de rosa, cuyo reflejo daba aún más brillo á su tez nacarada; vió el lebral, que se dejaba acariciar la cabeza por aquella fina mano enguantada con piel de Suecia; vió la sonrisa y el sonrejo, y la palidez que siguió á esta escena. . . . Era cierto que la había amado, un sólo minuto quizás, pero la había amado, pues no pudo menos de llorar, viéndola velada de negro, apoyada contra un pilar. La familia, viendo al gran duque enjugarse una lágrima, dijo:

—¡Cómo amaba á su ahijado!

Después de la ceremonia, que pareció muy larga á Boris, fué á visitar á la priora, á quien había conocido de señorita de honor, cuando él era muchacho.

No vengo hoy á ver á usted sola, madre, le dijo al entrar en el locutorio, que era en realidad un salon. Quisiera ver á la condesa Neoutf. Me parece muy cambiada.

La priora replicó:

—Creo que se aburre. Su Alteza Imperial juzgará por sí mismo. Voy á llamarla.

Casi inmediatamente entró Cleopatra. La

priora adivino que debía retirarse y quedarse ellos solos, y se marchó.

—Señora, dijo Boris, he querido verla.

Cleopatra sonrió. Su sonrisa tenía la misma gracia divina que otras veces.

—He venido á preguntarle si puedo hacer algo por usted.

—No he dado las gracias á Su Alteza, porque las palabras no espresarian fielmente mis pensamientos. Mi corazón no sabe manifestar lo que siente.

Boris rechazó con un ademán el agradecimiento.

—Y ahora ¿qué puedo hacer?

El rostro de la jóven tomó una expresion de ansiedad.

—Los procedimientos son muy lentos, monseñor, dijo ella. Parece que van á durar todavía más de un año.

—¡Un año! exclamó involuntariamente el gran duque.

Si. . . . . No sé lo que siento aquí; será quizás la falta de aire y de ejercicio, ó acaso la disciplina. . . . . no lo sé. . . . . me tratan bien. . . . . pero no me hago á esta vida. Sin embargo, no puedo salir de aquí sino cuando

se haya pronunciado el divorcio.... ¡Si fuera posible aligerar un poco las cosas!

—¡Un año! dijo entre sí Boris mirándola. Si sigue aquí, antes de un mes ha muerto.

De pronto la expresión ansiosa y diferente pintada sobre el rostro de Cleopatra, desapareció; sus ojos se hundieron, y puso sus dedos ardorosos en la mano del gran duque.

—Si alguna vez me ha tenido alguna afecto, le dijo a Boris muy por lo bajo, con una expresión que le hizo estremecer.... dígales que se den prisa.... porque me muero...

—La dicha.... contestó para calmarla.

Ella le detuvo con un ademán resuelto.

—Se lo dije hace seis semanas y se lo repito hoy: me muero. Que se den prisa, porque quiero salir de aquí viva.

Retiró sus dedos y se desvió un poco.

—Vivirá usted mucho, le dijo Boris, vivirá muchos años, pero no es razón para que pierda aquí uno. Voy a emplearme en su servicio.

—Que Dios os lo premie. Usted y el general han sido mis verdaderos amigos.

Cleopatra no hablaba de Ulrico. Sorpren-

diole esto a Boris, pero no era él quien debiera hacer alusión.

—¡Hasta la vista! le dijo en tono alegre.

—Adios, monseñor, respondió ella. Ya no nos veremos en este mundo, porque saldré de aquí para casarme y partiré el mismo día.

—Adios entonces, dijo él mirándola largamente. No olvidaré jamás sus ojos.... ni su sonrisa. No es usted de esas mujeres que se olvidan, señora..... ¡Qué sea usted feliz!

Y partió.

Ocho días después se había pronunciado el divorcio, todas las formalidades se habían desvanecido como por encanto, Cleopatra era libre de casarse con Ulrico al día siguiente mismo.

discurso. Tres ó cuatro amigos de Ulrico asistieron solo á la ceremonia. Irene se escusó de asistir, mandando á su hermana una carta muy ágría en que le suplicaba que no volviese á poner más los piés en San Petersburgo.

Charamirof, ménos cruel, le envió un regalo y una carta cariñosa, deseándole toda la dicha posible.

Los esposos entraron en su casa, que era una habitacion del hotel. Ulrico habia adornado el salon con plantas verdes: los muebles, sin embargo, tenian el aspecto de casa alquilada. Pero salian al medio dia para una casa de campo que un amigo de Ulrico habia puesto á su disposicion en la frontera de Finlandia. Era su primera etapa hácia Suecia.

Lo que sorprendió mucho á Cleopatra al entrar en esta fútil habitacion, fué una cesta de flores virginales, Rosas blancas, tuberosas, flores de azahar se enlazaban como en otra ocasion en un ramo que recibió en la mañana de su primer matrimonio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque habia reconocido el envio de Neoutof. ¡Qué atencion más delicada hubiera podido seña-

## XXVIII

Fué una boda modesta, casi una boda de pobres. Vestida de seda gris como una viuda, Cleopatra fué muy temprano por la mañana á la iglesia sueca, donde el pastor pronunció un discurso muy sucinto. ¿Qué se podria decir á una mujer tan recientemente divorciada, que no hiciese más ó ménos alusion á su primer matrimonio?

En la iglesia rusa no pronunciaron ningun

lar su amistad vigilante! Al inclinarse sobre aquellas flores vió que formaban una red-cilla por cima de un objeto cuadrado que descansaba en el fondo de la sesta; apartó las flores y vió una imágen de la Virgen, admirablemente encajada en oro y piedras preciosas. Un hilo de perlas incomparables cerraba el marco.

—¡Ah! pensó Cleopatra, ha encontrado un medio de obligarme á aceptarlas.

¶Eran las alhajas de la familia, con que Neoutof habia acompañado su regalo de boda, no se puede rehusar una imágen santa, y Cleopatra aceptó los diamantes ofrecidos de aquel modo.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó Ulrico arrugando las cejas.

—Es el general Neoutof que me felicita, dijo Cleopatra leyendo una tarjeta, en la que habia escritas, en efecto, aquellas simples palabras.

Cleopatra escogió algunas flores entre las más bellas, las ligó con una cinta y las envió en seguida al General. Esta fué toda su respuesta.

En aquella habitacion indiferente, los

nuevos esposos no podian decirse nada; por eso se apresuraron á dejarla. Su coche de viaje estaba á la puerta; subieron en él, y bien pronto caminaron por el camino de Finlandia.

Era la primera vez que se veian despues de su larga separacion. Las ceremonias del casamiento les habian producido un efecto extraño. Habiendo llegado cada uno por su lado á la iglesia, sintiendo sobre sí las miradas curiosas, casi indiscretas de algunos desocupados, que habian ido "por ver," habian tenido conciencia de desempeñar en público un acto en cierto modo inconveniente, y para el cual hubiera sido preferible el secreto.

Pero ahora que se hallaban solos, mecidos por el movimiento de la berlina, recobraban al fin las impresiones de otras veces. El cielo estaba azul; la alegría melancólica de un hermoso dia de otoño, porque ya habia comenzado Setiembre, brillaba en los follejes ambarinos, ya escasos, en las flores de los jardines deslumbradores, pero sin perfume.

El olor de las tuberosas les seguia, sin embargo porque Cleopatra habia querido llevarse algunas de estas flores. La preciosa imágen, encerrada en su estuche, estaba en

la delantera del coche. Así, rodeada de impresiones dulces y saludables, la joven se dejó penetrar por la realidad de su dicha.

—Al fin, dijo Ulrico sosteniéndola con su hombro, al fin eres mía; ya podemos amarnos siempre y sin pecado ¡Qué dichosos vamos á ser, Cleopatra, porque hemos sufrido mucho!

—Sí, seremos felices, murmuró la esposa. Háblame, dime cosas tiernas. Me parece que he tenido helada el alma por mucho tiempo, y que con tus palabras se derrite dulcemente. . . . ¿Te acuerdas de esos hielos del Neva?

—¡Te adoro! le dijo Ulrico, mirándola como el día de la revista.

—Más, más. Dime que me amas.

El esposo besaba suavemente los cabellos de ella, su frente, sus ojos cerrados. . . . Cleopatra se estremecía. . . .

—No, no me beses; me haces daño. Háblame para que vaya acostumbrándome. . .

Ulrico no se atrevía á decirle cuán cambiada la hallaba, pero estaba seguro, con la confianza de la juventud, de verla florecer á su lado.

La noche vino muy pronto, envolviendo el pintoresco paisaje en un vapor luminoso: la luna había salido casi al mismo tiempo que había huido el sol, y todo estaba claro, argentino, como en la atmósfera de un sueño.

Después de una subida fatigosa, los caballos se detuvieron delante de la puerta de un castillo bastante antiguo, construido con granito de Finlandia, de una arquitectura, original, un poco macizo y severo, pero de un gran efecto.

—Hé aquí nuestra morada, dijo Ulrico, á lo ménos durante el tiempo que te agrade.

Entraron en una vasta sala, con poca luz, porque hubiera sido menester una docena de antorchas para iluminarla, y algunos instantes después, se encontraron en un comedor confortablemente amueblado, donde una buena comida les fué servida en breve. El amigo de Ulrico no había olvidado nada para que su instalacion le fuese grata.

Cleopatra apenas probó algunas frutas; estaba tan fatigada, que le repugnaba todo alimento; sentada frente á su marido le sonreía con una sonrisa de niña extasiada, que lo halla todo nuevo y divertido.

Cuando hubieron terminado su comida pasaron á un saloncito contiguo á su sala. La luna llena flotaba en un cielo sin nubes y extendía su brillante claridad dentro de las dos habitaciones al traves de las ventanas.

Las flores traídas de San Petersburgo; ya colocadas en vasos, llenaban el aire de perfumes.

—Apaga las bujías, dijo Cleopatra, ¡es tan hermosa la luna! ¡Y qué vistas!

Se hundió en una gran butaca cerca de la ventana para gozar plenamente del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Era un paisaje austero, de rocas y de pinos, con un torrente que corría por el valle; se veía la espuma de su cascada refulgir á la luz de la luna; la ventana, bien cerrada, no dejaba penetrar la frescura de la noche, estando la atmósfera de la habitación tibia como de primavera.

—¡Ah! exclamó Cleopatra con el acento de una persona satisfecha, estoy fatigada ¡No puedo más! ¡Me parece que no tengo fuerzas para mover una mano! Pero estoy contenta, muy contenta. ¡Qué hermoso

es esto! Vamos á ser felices como en los cuentos de hadas. Y luego lo que me hace más feliz es que estoy en paz con todo el mundo. . . .

Ulrico se había sentado á su lado; ella se apoyó en su hombro. Era su refugio; en ninguna parte más que allí se encontraba bien.

—Ya ves, decía tomando una mano á su marido, yo no podía ser feliz sino casándome. ¿Quién me hubiera dicho antes que iba yo á amar de este modo, que no podía vivir sin tí? Yo me figuraba que el amor era una debilidad.

Y se hechó á reir con risa burlona y satisfecha.

—Es, por el contrario, la riqueza de la vida, prosiguió. Cuando noté que te amaba tuve tantas ideas en la cabeza, que no sabía qué hacer. ¿Comprendes tú esto?

—¡Oh, sí! dijo Ulrico, buscando los labios de su mujer.

Esta se estremeció un poco jadeante.

—No, te lo suplico. Cuando me besas me parece que cesa de latirme el corazón. Si



durara mucho dejaría de respirar. . . . Espera, déjame contarte lo que pienso.

Se hundió más en la butaca. El marido sentía contra su pecho los latidos del corazón de su mujer volverse más débiles.

—Serás bueno conmigo cuando te hable del conde Neoutof. No debes estar celoso. Jamás padre alguno fué mejor para su hijo. Me ha enviado flores virginales. ¿Dónde está la imagen?

Se levantó un poco buscándola con la vista.

—En nuestra habitación, respondió Ulrico.

—Ve á buscarla, ¿quieres? La pondrás sobre una silla frente á nosotros. Así ya miraré el valle, ya á la Virgen.

El marido obedeció y volvió con la maravillosa imagen.

—¡Gracias! ahora soy completamente feliz, dijo volviendo á su sitio junto á su marido. Solo estoy fatigada.

—Es menester dormir, le dijo Ulrico besando sus cabellos cerca de la oreja. Ven.

—Ahora. Estoy muy fatigada. No tendré fuerzas para ir hasta mi lecho.

—Yo te llevaré.

—Espera un poco. Mira qué blanco está el valle. Una bruma ligerísima sube del torrente; parece que todo el paisaje está cubierto de muselina.

Ulrico miró: el aire era perfectamente puro.

Ulrico, dijo Cleopatra en voz cada vez más débil. No sé por qué te he amado. . . .

—Ven, le dijo su marido en voz baja.

—Sí, murmuró ella en voz más baja.

El se inclinó para levantarla en sus brazos; ella levantó los suyos y los pasó alrededor del cuello del joven. Este besó sus labios entreabiertos; esta vez se estremeció. Iba á levantarla de nuevo cuando dijo:

—Más.

Su voz era un soplo. El le dió un beso rápido. Ella lanzó un débil suspiro y Ulrico sintió que los brazos de Cleopatra pesaban sobre su cuello.

—¡Cleopatra! gritó aterrado, levantándose para desasirse.

Nada respondió ella y sus brazos cayeron inertes.

Tiró Ulrico de la campanilla y trajeron

luces. El marido tomó en sus brazos á su mujer y la llevó al lecho nupcial.

¡Estaba muerta!

Las flores virginales enviadas por Neoutof fueron el adorno de su mortaja.

Vestida con su peinador de lana blanca, fué colocada en la caja, y su marido la llevó á su patria, á sus dominios de Suecia, de donde no salió jamás.

Algunos pretenden que se volvió loco, pero nadie supo nada de cierto. En tal caso, su locura era inofensiva, porque gastaba todos sus bienes en obras útiles y piadosas.

La noticia de esa muerte repentina sorprendió á todos, excepto al gran duque Boris y á Neoutof.

—No se hacen esas cosas! dijo Irene. No hay nada tan inconveniente como casarse cuando se está enfermo!

Esta fué la opinion de muchas personas sensatas.

Neoutof no se sorprendió, á su edad nada causa sorpresa.

Cuando le devolvieron la imágen que regaló á Cleopatra, no demostró ningun sentimiento. La puso de noche frente á su lecho de dia, frente á su mesa.

Por lo demás, no la vió mucho tiempo. Poco ménos de un mes despues, murió de la gota, que se le subió al corazon.

El gran duque Boris recibió tambien un fúebre recuerdo. Un dia de invierno, le devolvieron el libro de los Evangelios que habia regalado á Cleopatra. . . . .

—¡Le hemos llevado la desgracia! pensó el gran duque recorriendo las hojas.

"Mi reino no es de este mundo," leyeron sus ojos, detenidos en una página, quizás más frecuentemente leida que las demas.

Meditó un instante; luego, mirando por la ventana la nieve que caia en copos espesos y se amontonaba sobre las vidrieras:

—Su tumba está bajo la nieve, dijo entre sí; es una mortaja virginal que va á durar hasta la primavera. . . . No se creia nacida para el amor. . . . y tenia razon, porque el amor la ha matado.

Y la nieve continuó cayendo tupida, blanca y suave, como el sudario de lana bajo el que dormia Cleopatra el sueño eterno.

FIN

PL  
.J  
6